

José Antonio Marina

Historia universal de las soluciones

En busca
del talento
político



Ariel

José Antonio Marina

Historia universal de las soluciones

En busca del talento político

Ariel

Primera edición: febrero de 2024

© José Antonio Marina, 2024

Derechos exclusivos de edición en español:
© Editorial Planeta, S. A., 2024
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-344-3734-0
Depósito legal: B. 1.073-2024

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.



Índice

<i>Introducción</i>	9
<i>Nota</i>	15

PRIMERA PARTE EL APRENDIZAJE DE LA POLÍTICA

1. Presentación de la Academia	19
2. El enfoque heurístico de la historia	41
3. La inteligencia resuelta	53
4. Al fin, la ergometría de las soluciones	66
5. La tesis de este libro.	92

SEGUNDA PARTE LA ACADEMIA DEL TALENTO POLÍTICO

6. Invitación a una escuela de gobernantes	111
7. Escuela de ciudadanos.	147
8. La guerra y la insuficiencia de la paz	163
9. Cataluña, ¿conflicto o problema?	180

TERCERA PARTE LA SOLUCIÓN DE LOS OCHO PROBLEMAS ÉTICOS

Introducción	205
Primer problema. El valor de la vida humana	211

Segundo problema. La relación del individuo con la tribu	221
Tercer problema. El poder, su titularidad y sus límites	233
Cuarto problema. Los bienes, la propiedad y su distribución	244
Quinto problema. El sexo, la procreación y la familia . .	255
Sexto problema. El trato a los enfermos, incapaces, ancianos, pobres, huérfanos	265
Séptimo problema. El trato con los extranjeros	277
Octavo problema. La religión, la muerte y el más allá . .	285
<i>Epílogo</i>	299
<i>Notas</i>	307

Capítulo primero

Presentación de la Academia

La naturaleza ha constituido al hombre de tal manera que puede desearlo todo, pero no puede conseguirlo todo y no todo le conviene [...], de modo que, siendo siempre mayor el deseo que la capacidad de conseguir, resulta el descontento de lo que se posee y la insatisfacción sale a la luz.

NICOLÁS MAQUIAVELO,

Discursos sobre la primera década de Tito Livio

¿QUÉ ES UNA SOLUCIÓN?

Las encuestas indican que los políticos constituyen uno de los problemas que preocupan a los españoles. Es una opinión extraña, porque la tarea del político es precisamente encontrar soluciones. Es conveniente que al comienzo del curso en la Academia nos ocupemos de las soluciones y de cómo encontrarlas.

El cerebro tiene como finalidad dirigir la acción del organismo, por lo que supone estar orientado al futuro, una capacidad que en el ser humano alcanza una potencia excepcional.¹ Podemos anticipar metas, proyectar objetivos, planificar procesos, imaginar futuros alternativos, crear uto-

pías. Esta distensión hacia el porvenir se manifiesta especialmente en dos grandes funciones de la inteligencia: la identificación y resolución de problemas, y la formulación de proyectos. Ambas tienen una estructura común. El sujeto se encuentra en un estado A, desea pasar a un estado B y necesita inventar (es decir, encontrar) el camino. Nos definen palabras que nos sacan de nuestras casillas y nos lanzan al porvenir: problemas, preguntas, proyectos. También propósito, previsión, precaución, presagio, pretensión, promesa. Esos insistentes prefijos (del griego *pro*, ‘hacia delante’, y *pre*, ‘antes’) nos sitúan a la espera de soluciones que satisfagan nuestras expectativas. Somos seres «expectantes», que sienten la constante presencia del futuro, travestido de *spes et metus*, ‘esperanza y miedo’, haz y envés de nuestra relación con el porvenir.

Designamos esta línea de fuga «hacia delante» con una palabra de la misma familia, que ha tenido una colosal importancia histórica: progreso, es decir, «avance». ¿Avance hacia dónde? Hacia la felicidad, meta espejeante entre la realidad y la ficción, estación final imaginada del viaje, tras muchos otros apeaderos. Un concepto vacío pero con una gigantesca fuerza movilizadora, al que voy a dar un contenido un poco prosaico: provisionalmente llamaremos «felicidad» al conjunto de las mejores soluciones posibles para nuestro proyecto vital. Sin estar proyectados hacia el futuro, anticipándolo, sin estar impulsados a sobrevivir, no tendríamos ni problemas ni inteligencia, ni aspiración a la felicidad. El sabio Spinoza llamó «*conatus*», ‘ímpetu’, a ese afán por mantenernos en la existencia.

Plantear problemas, preguntar, proyectar son actividades de búsqueda. Por eso, no me parece excesivo describir al *sapiens* como una inteligencia impulsada a buscar. *Homo quaerens*, *Homo peregrinus*, *Homo itinerans* son apelativos con solera. La creatividad, a la que damos tanta importancia, no es más que la búsqueda de soluciones nuevas y brillantes a proyectos no rutinarios. La riqueza de las actividades de bús-

queda nos permite jerarquizar a los seres vivos. Los árboles buscan la luz, pero permanecen enraizados. La capacidad de buscar del zorro es mayor que la de la almeja, y el ser humano los supera a todos. Xavier Zubiri decía que la búsqueda es la esencia de la razón. Creo que es más cierto decir que es la esencia de la inteligencia humana al completo, la cual, en vez de limitarse a responder a los estímulos, los busca, los crea o los recrea, se seduce a sí misma desde lejos. Vivimos en una especie de disparadero inquisitivo.

La resolución de problemas y la realización de proyectos utilizan una poderosa herramienta mental —la pregunta— que me sigue intrigando después de llevar estudiándola muchos años.² Me parece prodigioso que todos los niños espontáneamente las hagan a partir de una edad muy temprana. Es una maravillosa pulsión innata. Las preguntas dirigen la búsqueda de soluciones; son, pues, puramente instrumentales, pero no es posible avanzar sin saber formular las adecuadas. Si no sé hacia dónde dirigir un telescopio, no podré estudiar la parte del universo que deseo. Un papel parecido ejerce la pregunta. Como señaló Kant: «La realidad solo se nos manifiesta cuando la interrogamos, como un juez que obliga a sus testigos a contestar a las preguntas que les hace». Kant identificó tres cuestiones fundamentales: ¿qué puedo saber?, ¿qué debo hacer? y ¿qué puedo esperar?

Me sorprende que hayamos dedicado más tiempo a analizar lo que es un problema que a definir lo que es una solución, que es lo que realmente nos interesa. En el uso cotidiano definimos «solución» de forma muy laxa. Es todo aquello que permite alcanzar un objetivo, que abre paso a la acción, que resuelve un conflicto. Pero un análisis más riguroso muestra que las sedicentes soluciones pueden ser malas soluciones, es decir no-soluciones, y que podemos interpretar la evolución de las culturas como el proceso de ir buscando —con más o menos éxito— las mejores. El robo con violencia fue un procedimiento de acceso a la propiedad aceptado durante siglos, lo mismo que el rapto como forma

de conseguir esposa. Ahora no lo admitimos como solución. Acabo de leer que el recurso elegido para paliar la soledad y el aburrimiento de los ancianos es atiborrarles de tranquilizantes. Tampoco es la solución óptima. Y tampoco lo es matar al opositor para hacerse con el poder, aunque haya sido a lo largo de los siglos un método frecuentemente usado (basta comprobar la cantidad de emperadores romanos que murieron asesinados). De la misma manera que en el campo cognitivo el conocimiento verdadero va expulsando los errores, o en el económico el buen dinero desplaza al mal dinero, en el campo de la acción las buenas soluciones deberían acabar desplazando a las malas. Ya no expongo este hecho en indicativo, que es el modo verbal de la realidad, sino en condicional, que es el modo de lo deseable y lo posible, porque muchas veces somos recalcitrantes en mantener malas soluciones, como, por ejemplo, la guerra. Gandhi acuñó la palabra *satyagraha* (de *satya*, ‘verdad’, y *agraha*, ‘fuerza perseverante’) para expresar su confianza en que la verdad desplaza a la falsedad por su propia fuerza iluminadora. Si es una utopía es, al menos, una bella utopía.

Esta posibilidad deseable de que las buenas soluciones desplacen a las malas plantea el problema de cómo distinguir las buenas de las malas. Es fácil reconocerlas en el campo de las matemáticas, la ciencia o la tecnología. Un problema matemático se resuelve cuando sabemos encontrar las incógnitas buscadas, los procedimientos para calcular variables o para demostrar teoremas. La solución a un problema médico es la curación. La ciencia alcanza sus objetivos cuando puede fundamentar racional y experimentalmente una teoría que cumpla los criterios de verdad científica, y la ingeniería, cuando sus proyectos funcionan. Pero en el ámbito de los comportamientos humanos, sean individuales o sociales, no es tan fácil reconocer la solución más potente. ¿Es mejor la monogamia que la poligamia, el matrimonio indisoluble que la posibilidad de divorcio, el Estado poderoso que el Estado mínimo? En el ámbito privado, ¿cuál de las alternativas de Hamlet es

más deseable? ¿Ser o no ser? Decidir es una tarea difícil, casi cruenta, no en balde deriva de *caedere*, ‘cortar’. Para realizarla inteligentemente necesitamos disponer de una «ergometría de las soluciones», que nos permita medir su energía solucionadora y legitime nuestras decisiones; de lo contrario nos hundimos en el pantano de las equivalencias.

A pesar de los múltiples intentos llevados a cabo, no creo que ese criterio de evaluación pueda elaborarse deductivamente, en modo geométrico. Tenemos que elaborarlo desde la humildad, por tanteo, estudiando las diferentes propuestas que se han hecho, comparando sus resultados, observando cuidadosamente lo que eligen los *sapiens* cuando están en buenas condiciones para elegir. En asuntos sociopolíticos, el modo de hacerlo es acudiendo a la historia, porque se trata del banco de pruebas de la humanidad. En ella podemos visitar los éxitos y los fracasos; ambos son elementos que tenemos que estudiar en nuestra Academia. Por mi afición a la arquitectura, me enteré de un famoso fracaso arquitectónico que me sorprendió. El 15 de julio de 1972 caía dinamitado el proyecto urbanístico de Pruitt-Igoe, en San Luis, Misuri. Consistía en 33 bloques de viviendas de 11 pisos, diseñados por el famoso arquitecto Minoru Yamasaki, autor también de las Torres Gemelas de Nueva York. Formaban parte de un ambicioso plan público para mejorar la calidad de vida de una zona deprimida. El caso es que la gente no quiso vivir en esos bloques, que fueron deteriorándose hasta que el municipio ordenó su demolición. ¿Por qué? El objetivo de la Ciencia de la Evolución de las Culturas, de la psichistoria, es precisamente estudiar esos éxitos y fracasos. Su meta no es conocer la historia —de eso se ocupan los historiadores—, sino aprender de ella, aplicando a su comprensión lo que sabemos de psicología. No se trata, por cierto, de una influencia unidireccional. La psicología nos ayuda a comprender la historia, pero la historia permite a la psicología ampliar sus conocimientos, como demuestran la psicología evolucionista o la psicología cultural.³

Los resultados de esta investigación son aplicables a todas las actividades de la inteligencia humana. Como explicaré después, todas ellas resultan clarificadas cuando se las estudia como el dinamismo que desde el deseo impulsa la resolución de los problemas. La política y la ética, también. La experiencia es nuestra única fuente de conocimiento. La psicología, la antropología, la política, la moral, tienen una base experiencial, inductiva. Hans Küng, a pesar de su profesión de teólogo, escribe, hablando de ética:

Los hombres no han podido encontrarla sencillamente como soluciones fijas venidas del cielo y tampoco han podido deducirla de una supuesta naturaleza del hombre. [...] El hombre hubo de encontrar, experimentar y comprobar determinadas reglas de comportamiento y convivencia.⁴

¿Por dónde debemos comenzar la historia de las soluciones? Por lo que pone en marcha el proceso: la historia de los problemas. Pero no olvidemos que estamos dentro de la Academia del Talento Político, y que nuestra hoja de ruta debe llevarnos hacia el gran proyecto humano: crear una política que incluye la ética como gran solucionadora.

LA ÍNDOLE PROBLEMÁTICA DE LA VIDA

La mayoría de las cosas que hacemos tienen que ver de algún modo con la resolución de problemas.

DARON ACEMOGLU y SIMON JOHNSON,
Poder y progreso, 2023⁵

La materia inerte no tiene problemas, porque no tiene necesidades ni deseos ni aspiraciones. Los astros, las montañas, los mares no se mueven con ningún propósito. Son meros

resultados de fuerzas en acción. Pero con la vida aparece un dinamismo que necesita actuar para conservarse. Ha de mantener la homeostasis, adaptarse al entorno, librarse de los enemigos, reproducirse. Problemas, problemas y más problemas. Los fines están claros, pero los medios son inciertos. Tiene razón Popper cuando dice «*All life is problem solving*» («La vida consiste en resolver problemas»).⁶

La vida humana amplía el repertorio de problemas, porque a los objetivos comunes a todos los seres vivos añade otro más ambicioso y vago, que podemos llamar «búsqueda de la felicidad», el gran motor de la historia humana, como mostré en *El deseo interminable*, un impulso expansivo que nos ha hecho inventar cosas sin parar.⁷ Cada deseo que satisfacemos, cada meta que alcanzamos, cada problema que resolvemos es una pálida participación de la felicidad, que sería esa satisfacción llevada al límite, la solución definitiva y plena, el «incentivo total». El premio gordo de la lotería vital.

La evolución ha creado órganos para solucionar los problemas del ser vivo. «Nuestros sentidos son, desde un punto de vista teórico-evolutivo, herramientas que se han desarrollado para resolver determinados *problemas* biológicos», dice Popper. Por ejemplo, para ayudar a la supervivencia la evolución inventó al menos seis veces el ojo, es decir, un modo de captar información del entorno. Llamamos «evolución» a los mecanismos biológicos de resolución de problemas. Los humanos hemos aumentado portentosamente esa capacidad creando herramientas para ampliar nuestras posibilidades, y soluciones para satisfacer nuestros deseos. Vivimos en una realidad humanizada por la cultura, que es un conjunto de soluciones inventadas por otros. Aupados en soluciones buscamos otras soluciones. No exagero. Estoy escribiendo en mi despacho. El ordenador que uso es un sofisticado y eficaz instrumento al servicio de nuestro deseo de escribir y de manejar información, el final provisional de una tradición que comienza con las tablillas de arcilla me-

sopotámicas. Está sobre una mesa, que es una eficiente solución al problema de mantener los objetos a una altura cómoda. El balcón, los cristales, la terraza, las casas de enfrente, los automóviles, son asimismo soluciones. Y también lo son el lenguaje, las instituciones, los códigos, las costumbres. ¿Qué son las morales sino herramientas sociales para solucionar los problemas que surgen de la convivencia? Para comprender el significado de todo lo que nos rodea tenemos que remontarnos al problema que han querido resolver. Por eso me parece necesario escribir una historia de las soluciones, una historia heurística. Esta última palabra acabará resultándoles familiar, porque voy a utilizarla continuamente. Tiene la misma raíz que «eureka», que significa «he hallado». Arquímedes la gritó entusiasmado en su bañera al descubrir la relación entre el volumen de un cuerpo sumergido y la fuerza de flotación que experimenta. ¡Qué bella utopía la de una ciencia de las soluciones, de una heurística! Sería una ciencia de la liberación, porque «resolver» procede de *solvere*, que significaba «liberarse», «soltarse de una atadura», «escaparse de un cepo», y ese sentimiento triunfal y eufórico forma parte de la marcha de la inteligencia.

A veces, las soluciones se pueden olvidar. Se producen procesos descivilizatorios, como señaló Norbert Elias.⁸ Eso ya lo sabían los historiadores de la técnica. Los tasmanos olvidaron cómo se fabricaban las hachas de piedra. El hormigón desempeñó un papel fundamental en la arquitectura romana, pero con la caída del Imperio se olvidó, y durante siglos la humanidad no pudo usarlo.⁹ Un caso que ronda la comicidad lo proporcionó en 2007 el Gobierno estadounidense cuando descubrió, durante un examen rutinario de sus cabezas nucleares W76, que había olvidado cómo se construyeron esas armas. Hoy día es imposible fabricar uno de sus componentes fundamentales, el *fogbank* (cuya función exacta sigue siendo un secreto), porque ya no queda nadie que sepa hacerlo.¹⁰

LA CIENCIA DE LAS SOLUCIONES

La Ciencia de las Soluciones debería ser un curso introductorio en nuestra Academia del Talento Político, donde después se pasaría a estudiar el modo de resolver los problemas políticos. Ese curso tendría tres partes:

1. La identificación crítica de los problemas.
2. La búsqueda de soluciones.
3. La evaluación de esas soluciones.

1. *La identificación crítica de los problemas*

Puede decirse que los problemas derivados de robos, asesinatos, débitos impagados, violaciones sexuales, crímenes pasionales e ira incontrolada tienen una proyección universal, puesto que no hay una sociedad que esté libre de ellos.

LAURA NADER y HARRY F. TODD,
*The Disputing Process*¹¹

¿De dónde vienen los problemas? Algunos problemas se nos imponen. La necesidad de nutrirse plantea la necesidad de buscar alimento. No tengo opción. O como o muerdo. Otras veces, proceden de nuestros sentimientos: ¿cómo conseguir que la persona a la que quiero me quiera? ¿Cómo vengarme de mi enemigo? En el horizonte de cada problema hay algo valioso que se quiere conseguir, pero en ocasiones solo resulta valioso para quien lo siente. Nuestra relación con la realidad se da a través de dos canales. Uno es informativo («Esto es verde») y otro evaluativo («Me apetece comérmelo»). Los humanos somos inseguros evaluadores, y podemos considerar un bien lo que puede ser un

contravalor, un mal. En ese caso, la sedicente solución tal vez sea la consumación de una atrocidad o un suicidio camuflado. La «solución final» del nazismo pretendía resolver un problema ignominioso: cómo eliminar a todos los judíos. La adicción a las drogas es un falso camino a la felicidad y un camino cierto a la servidumbre. Esta posibilidad de equivocarse nos obliga a hacer una crítica de los problemas atendiendo al valor que tiene el objetivo buscado.

No reconocer que se tiene un problema cierra el paso a la solución. Personas y sociedades pueden padecerlo. Un drogadicto puede tardar en reconocer que su adicción es un problema. Una sociedad puede padecer el síndrome de inmunodeficiencia política cuando no puede reconocer los antígenos sociales, es decir, agentes patógenos como la corrupción o la violencia, o los reconoce pero es incapaz de producir anticuerpos para anularlos.¹² Los neurólogos hablan de «anosognosia», una enfermedad que impide al enfermo reconocer que lo está, aunque sea una enfermedad tan evidente como la ceguera. Jared Diamond, un fisiólogo que se pasó a la sociología y después a la historia, se pregunta: «¿Por qué las naciones toman decisiones catastróficas?». Y señala tres razones: no ver venir el problema, ver venir el problema pero no poner soluciones, o ponerlas pero de forma equivocada. Los habitantes de la isla de Pascua se extinguieron porque no se percataron de que el consumo que hacían de los recursos naturales no era sostenible.¹³ Es posible que en este momento no estemos percibiendo que vivimos una situación análoga. La habituación acaba naturalizando cualquier disparate. Como tendremos ocasión de ver, una de las funciones de la inteligencia es saber «problematizar», es decir, identificar los problemas, no para lamentarse, sino para poder encontrar la solución.

Esta es una precisión terminológica esencial para mi argumento. «Problema» y «solución» son términos correlativos, como «madre» e «hijo»: si no hay hijos, no hay maternidad. Con «enseñar» y «aprender» sucede lo mismo. Si nadie

aprende, no hay verdadera enseñanza; habrá otra cosa —exposición, declaración, muestra, explicación—, pero no enseñanza. Lo mismo ocurre con «problema». No toda dificultad, conflicto, frustración o ansia es un problema. Lo son cuando son formulados cognitivamente para incitar a una solución. «Problematizar» no es quejarse o rumiar una preocupación, sino el ímpetu para buscar la salida y su elaboración cognitiva. Durante milenios, nadie se preocupó de los dolores del parto. Eran algo natural; incluso algunos veían en la Biblia su justificación: era un castigo divino por el pecado de nuestros primeros padres. No se planteaba, pues, el problema de su alivio y, por lo tanto, no se aliviaron. La técnica del avestruz —que los humanos aplicamos con irresponsable tenacidad— no es muy inteligente. Durante milenios las desigualdades sociales no se han considerado un problema, sino un aspecto de la realidad tal vez molesto, pero inevitable, como el dolor o la muerte. Una ceguera parecida impidió percibir durante siglos lo injusto de la esclavitud o de la discriminación femenina. Paul Rozin llama «moralización» al proceso de dar valor moral a algo que no lo tenía antes.¹⁴ Forma parte del proceso de «problematización». Ha sido constante. Por ejemplo, el dolor de los animales no ha sido tenido en cuenta hasta recientemente, lo que ha planteado el problema de cómo evitarlo en mataderos o en granjas intensivas.¹⁵ Todas las culturas han considerado que la obediencia era la principal virtud política y religiosa, la urdimbre básica de la sociedad, hasta que se empezó a problematizar y apareció la rebeldía. Hanno Sauer, en *La invención del bien y del mal*, se refiere a la moralización como fenómeno psicológico: «No consiste en que una persona cambie su juicio moral y juzgue una acción concreta de forma más estricta o más indulgente, sino de que una acción se perciba por primera vez como un asunto de relevancia moral».¹⁶

Así pues, un hecho se convierte en problema cuando activa la búsqueda de una solución. Si durante una autopsia se

descubre un cáncer, eso es un hecho. Lo único que se puede hacer es constatarlo. Pero si ese cáncer se detecta en un ser vivo, es un problema, porque hay que intentar curarlo para preservar la vida del enfermo. La ciencia también funciona problematizando. Todo el mundo era consciente de que las cosas se caían, pero hasta que no se convirtió ese hecho cotidiano en un problema no se le buscó explicación. Las generalizaciones apocalípticas —el mundo es un desastre— son meros lamentos mientras no se precisen cuáles son los problemas.

Identificar y definir el problema es un paso esencial y difícil, porque es probable que distintas personas problematizen una misma situación de forma diferente. Donde unos ven un riesgo, otros ven un reto o una oportunidad. Donde unos ven una agresión, otros ven una reivindicación. ¿Qué problema plantea el aborto? Para unos se trata del derecho de la mujer a disponer de su cuerpo como quiera. Para otros, de defender una vida que no consideraran mera parte del organismo materno. Para otros, en fin, la cuestión práctica de evitar la muerte de mujeres por abortos en malas condiciones. Los diferentes planteamientos del problema impiden llegar a una solución aceptada por todos. Los procesos de mediación intentan poner de acuerdo a las partes en la definición del problema. Pensemos en el «problema de Cataluña», que tomaré varias veces como ejemplo. Lo que para los independentistas es la reclamación de un derecho es para los no independentistas una conculcación del derecho. «Cuando equivocadamente —escribe Beth Simone Noveck— defendemos un método o una solución basados en una percepción inexacta de lo que el problema es en realidad, terminamos resolviendo el problema equivocado y reducimos las probabilidades de desarrollar soluciones que realmente funcionen.»¹⁷ En el siglo XVIII apareció en Londres la *Gin Craze*, la «locura de la ginebra», una epidemia de alcoholismo entre la clase trabajadora. Intentar eliminar

esta adicción directamente era inútil, porque solo era el efecto de las penosas condiciones de vida del proletariado. La ginebra era otro «opio del pueblo», un remedio para soportar la miseria.

2. La búsqueda de soluciones

Una vez definido el problema, ha llegado el momento de buscar soluciones. Es la segunda parte de la heurística. A veces, se trata de elegir entre las soluciones que tenemos a nuestra disposición. George Pólya, en su clásico libro *Cómo plantear y resolver problemas*,¹⁸ dice que lo primero que hay que hacer al enfrentarse con un problema matemático es comprobar si se parece a alguno que ya hayamos resuelto.¹⁹ Genrich Altshuller elaboró en la Unión Soviética una «teoría de la resolución inventiva de problemas» (*teoriya resheniya izobretatelskikh zadatch*, o TRIZ). Este ingeniero analizó 200.000 patentes. De ellas, solo unas 40.000 implicaban algún tipo de invención y no una simple mejora de lo existente. Se percató de que, a pesar de que resolvían problemas muy diferentes, en campos también muy distintos, las soluciones aplicadas podían obtenerse a partir de un conjunto relativamente reducido de ideas básicas o principios de invención generales. Identificó cuarenta operaciones básicas, de tal manera que para solucionar un problema bastaba con ir tanteando las diferentes posibilidades.²⁰

Es cierto que las operaciones intelectuales son limitadas, y que ese método funciona muchas veces. Einstein decía que «la formulación de un problema es a menudo más importante que su solución, que puede ser simplemente una cuestión de habilidad matemática o experimental». Pero el método de Altshuller se refiere a soluciones técnicas, que resultan fáciles de evaluar: o funcionan o no. Aunque en nuestra Academia nos interesan en especial los problemas y las soluciones de la Gran Política, este ejemplo nos ha servi-

do para identificar la segunda parte de la heurística: la invención de soluciones. El éxito de la democracia puede atribuirse a su mayor capacidad heurística, es decir, a su potencia para detectar problemas y proponer soluciones. Cuando esta falla, cuando no cumple estas expectativas, comienza su descrédito.

3. La evaluación de esas soluciones

Las soluciones encontradas deben evaluarse para comprobar su eficacia. No solo deben permitirnos «salir del paso» —no son meros armisticios—, sino que debemos asegurarnos de que lo hagan bien, no sea que vaya a ser peor el remedio que la enfermedad. De ello se ocupa, como he dicho, la ergometría de las soluciones, tercera parte de la heurística. La solución que dio Platón al problema del conocimiento (la ascensión al mundo de las ideas) no es compatible con la solución que dio Kant (la función apriorística del sujeto). Como parte de la historia de la experiencia filosófica, Platón es de una grandeza admirable, pero su teoría del conocimiento es inferior a la kantiana. La brillantez de Nietzsche es espectacular, pero su teoría del eterno retorno no deja de ser una ocurrencia no fundamentada. La evaluación de los resultados es indispensable para conocer si progresamos o retrocedemos. Negarse a aplicar este criterio a la filosofía ha llevado a la conclusión de que en ella no hay progreso alguno, que se parece más a la poesía que a la ciencia. Es verdad que llamamos «filósofo» a quien cuenta su biografía conceptualmente, pero prefiero no llamar «filosofía» a esas interesantes subjetividades explicadas, sino «autobiografía conceptual» o «poesía conceptual».

Ante varias propuestas debemos elegir la mejor o suspender nuestro juicio hasta que sepamos cuál es. Seguiré con los ejemplos. Hay dos teorías sobre el papel del Estado: la liberal considera que el Estado debe reducirse al mínimo

para que no amenace la libertad. La socialista, que el Estado debe ser grande para poder asegurar la igualdad del ciudadano y proporcionarle los servicios necesarios. La primera piensa que el mercado puede resolver los problemas. La segunda, que el mercado no tiene esa capacidad y que, por ende, necesita una regulación. La postura liberal cree que bajando los impuestos puede aumentarse la recaudación, de acuerdo con la curva de Laffer. La socialista, que para poder proporcionar prestaciones sociales justas es preciso subir los impuestos. Son dos soluciones al problema de la prosperidad de una nación. Según la heurística, se trata de comprobar cuál de esas soluciones es la más eficiente. Para asegurar un mínimo de seguridad y de bienestar en un mundo laboral y económicamente confuso se ha propuesto el «sistema de renta básica universal». Otros, en cambio, proponen un «impuesto negativo sobre la renta», de modo que por debajo de un ingreso mínimo garantizado el Gobierno complementa los ingresos, y si la renta es superior a dicho umbral, solo entonces se empiezan a pagar impuestos.²¹ No son misterios insondables que haya que aceptar por fe, sino asuntos mensurables que se pueden evaluar. En otros casos la evaluación es más compleja. ¿Qué protege más a los hijos pequeños, la indisolubilidad del matrimonio o la posibilidad de divorcio? ¿Qué protege más la dignidad de la persona, la eutanasia o la prolongación de la vida en cualquier circunstancia?

En ocasiones, presuntas soluciones deben rechazarse porque son falsas soluciones o soluciones a un falso problema. La tortura fue admitida como procedimiento judicial probatorio hasta principios del siglo XIX. Era una solución abominable —y falsa— a un problema que preocupaba a los moralistas. Para que la sentencia de un juez fuera impecable solo había dos posibilidades: que el reo hubiera sido cogido infraganti, o que confesara. Si lo primero no había sucedido, solo quedaba la segunda vía para conseguir la sentencia perfecta. Y en caso de que el reo no confesara voluntaria-

mente, había que «animarle» a ello mediante la tortura. Lo más llamativo es que ese procedimiento fue autorizado por Inocencio IV, que rigió los destinos de la Iglesia romana entre 1243 y 1254. El uso del tormento como recurso procesal en los tribunales inquisitoriales —no solo españoles, sino de toda la cristiandad católica— siguió siendo legal hasta el año 1816, en que el papa Pío VI lo prohibió de forma definitiva.²²

Por otra parte, lo que funciona en unas situaciones puede no funcionar en otras. Street UK copió la idea de préstamo de microcréditos de la que fue pionero el Banco Grameen de Bangladesh y que, posteriormente, replicó el Fundusz Mikro de Polonia. Pero lo que tuvo tanto éxito en esos países fracasó en el Reino Unido.²³ A veces resulta útil plantear el problema desde otro enfoque. En el laboratorio de Eric Schadt del hospital Mount Sinai de Nueva York, no se pregunta por qué una persona está enferma, sino por qué una persona con un ADN doble recesivo para una determinada enfermedad no lo está. Lanzaron el Proyecto Resiliencia para curar 170 enfermedades infantiles raras. Observar estos casos permite comprenderlos mejor.²⁴ Como apasionado por el funcionamiento de la inteligencia, me interesa mucho el fenómeno denominado «reserva cognitiva». Hay personas que padecen anatómicamente la enfermedad de Alzheimer, pero, sin embargo, no presentan síntoma alguno. ¿Por qué? Una respuesta provisional dice que tienen una «reserva cognitiva» que suple las carencias producidas por la enfermedad.²⁵

La necesidad de una heurística y de sus tres niveles —identificación crítica de los problemas, búsqueda de soluciones y evaluación— parece evidente. También su dificultad. No soy tan insensato como para considerarme capaz de emprender una tarea tan colosal. Solo estoy poniendo los cimientos para la Academia del Talento Político.

VENTAJAS DE ENFOCAR LA HISTORIA COMO UNA BÚSQUEDA DE SOLUCIONES

Altshuller elaboró su teoría de las soluciones a partir del estudio de casos particulares. Pienso que algo parecido, aunque más complejo, puede intentarse con los problemas personales, sociales, políticos, y que, para ello, la historia puede servirnos como gigantesco banco de datos. En una ocasión, como todavía no existía nuestra Academia, un joven que quería ser político le preguntó a Churchill qué debía estudiar: «Historia —le respondió—. En la historia está todo lo que sabemos sobre gobernar». En efecto, en nuestra Academia la historia va a tener un papel esencial, pero una historia especial, iluminada con rayos gamma. Esta expresión es una metáfora tomada de la astronomía. Los astrónomos pueden observar el universo con telescopios iluminados con luz natural. Entonces ven un cielo ordenado y geométrico, donde los planetas giran educadamente en sus órbitas. Pero pueden también observarlos con telescopios iluminados por rayos gamma, y entonces solo perciben flujos de energía, explosiones, ráfagas, un universo inquieto. Si observamos la historia con luz natural, incluso una batalla puede ser un objeto estable, con un comienzo, un final y unas cifras contables. A mí, en cambio, me interesa observarla con rayos gamma, es decir, atendiendo a las pasiones que la han movido. Esta historia es la que vamos a estudiar en nuestra Academia. A pesar de su apariencia serena, comedida y formal, un código jurídico es el resultado de un juego de intereses y fuerzas. La política trata de pasiones, y los políticos —que somos todos los habitantes de la polis, seamos gobernantes o gobernados— debemos conocer todas las posibilidades y servidumbres de nuestra vida emocional, y los intentos de la inteligencia para aprovechar su energía sin que se desmande. Bienvenidos a la psicohistoria.²⁶

Ese dinamismo es el que plantea y resuelve problemas. El poderoso quiere dominar; el súbdito, no ser dominado.

El comerciante, aumentar su beneficio; el comprador, conseguir lo que necesita al menor precio. El científico desea conocer y el ingeniero, diseñar. Estudiar las soluciones ofrece una visión optimista aunque cautelosa de la especie humana. A su luz precisamente pueden comprenderse los fracasos, que son el resultado de no haber identificado bien los problemas, de haberlos planteado mal o de no haber encontrado la buena solución. Arnold J. Toynbee también presentó la historia como una sucesión de retos y soluciones. Las culturas se van separando por las soluciones que eligen. Todas las ciudades Estado griegas tuvieron que enfrentarse a la presión de la población sobre los medios de subsistencia. Cada Estado intentó resolverlo a su manera. Algunos, como Corinto y Calcis, conquistando y colonizando territorios en ultramar: en Sicilia, Italia meridional, Tracia. Esparta satisfizo el hambre de tierra de sus ciudadanos atacando y conquistando a sus vecinos griegos más próximos. Atenas buscó la solución de modo diferente. Especializó su producción agrícola y creó productos para la exportación, y para facilitararlo fundó instituciones políticas y educativas nuevas.²⁷ Las distintas soluciones dadas impusieron cambios en la manera de vivir de esas ciudades. También Lucien Febvre, el iniciador de la escuela francesa de Annales, defendía una «historia-problema»:

La historia-problema consiste en buscar en el inmenso campo del pasado respuestas a las cuestiones que el hombre se plantea, cuestiones estrechamente solidarias del saber en general, que es una función de la vida, es decir, de la acción de los hombres bregando con los datos de la condición humana o de la condición social del hombre.²⁸

Todos los seres humanos se enfrentan a los mismos problemas fundamentales, pero cada cultura los resuelve a su manera.²⁹ Eso hace que, por muy diferentes que sean, todas las culturas resulten comprensibles. Un mismo problema

alumbra diferentes soluciones. Para buscar la estabilidad de los grupos se han propuesto distintos sistemas de organización del poder. La familia es una institución universal, pero no así las maneras de configurarla. Puede basarse en la poliandria, la poligamia, la monogamia permanente o la monogamia sucesiva. Últimamente, la tecnología ha aumentado las posibilidades. Pero, hasta donde conozco, no ha habido ninguna sociedad donde el nacimiento de los hijos no haya tenido algún tipo de regulación.

La analogía de los problemas nos permite comparar las diferentes respuestas, una vez que hayamos elaborado la ergometría de las soluciones. ¿Qué es mejor solución para la tuberculosis, el exorcismo o los antibióticos? ¿Qué es mejor solución para el bienestar de los ciudadanos, la tiranía o la democracia? ¿Qué favorece más el intercambio de bienes, el trueque o el dinero? ¿Qué favorece mejor el cálculo aritmético, la base diez o la base doce? ¿Qué estimula más la economía, un Estado neoliberal mínimo con bajos impuestos o un Estado keynesiano con grandes inversiones públicas? ¿Qué satisface mejor las expectativas humanas, la exaltación de los deseos en las sociedades consumistas o la ausencia de deseos de la espiritualidad budista? Oswald Spengler, el famoso autor de *La decadencia de Occidente*, reclamaba la utilización de un método comparativo para estudiar la historia.³⁰ Tenía razón. Las comparaciones nos permiten considerarla como la experiencia de la humanidad, su banco de pruebas, y aprender de ella, seleccionando las mejores soluciones.

Estudiar de esta manera la historia no es solo importante para comprenderla, sino que tiene una excepcional eficacia educativa. No debemos dejarnos llevar por una idea platónica del conocimiento como contemplación de la verdad. La tarea verdaderamente importante es la solución de los problemas. John Dewey basó en esta idea su teoría pedagógica. El «aprendizaje basado en problemas» (*Problem-based Learning*) ha demostrado su eficacia.³¹ Martha Nussbaum señala con razón la necesidad de

enseñar a pensar en función de problemas humanos comunes, de esferas de la vida en las que los seres humanos, sin importar donde vivan, tienen que elegir. Comenzar a hacer una comparación intercultural de estos problemas comunes nos permitirá reconocer una humanidad compartida y, al mismo tiempo, reparar en las considerables diferencias en los modos en que las diferentes culturas e individuos se han enfrentado entre sí.³²

Esto es especialmente necesario en nuestra Academia. Beth Simone Noveck, experta en resolución de problemas políticos, insiste en la necesidad de que formemos a los políticos en esta disciplina. Francis Fukuyama ya se había quejado hacía tiempo de que en las facultades de Ciencias Políticas no se enseñaba a enfrentarse con problemas reales, lo que hacía que los conocimientos impartidos tuvieran poca utilidad práctica.³³

Una nota sobre las aporías

La historia de la filosofía recoge otro concepto relacionado con lo que estamos tratando: «aporía». En griego significaba la ausencia de salida, la oclusión total, sin poro alguno. De ahí pasó a significar, en el terreno de la lógica, «lo que no tiene solución». Nicolai Hartmann recuperó la palabra. En su opinión, hay problemas inevitables que se oponen a nosotros «con independencia de que sean solubles o insolubles»: es «el resto irresoluble de los problemas».³⁴ Theodor Viehweg también introdujo el concepto en su teoría del derecho. Recordaba a un jurista demasiado tranquilo que el término «aporía» designa precisamente una cuestión que es acuciante e ineludible, la «falta de un camino» cuando se quiere avanzar, la situación de un problema que no es posible apartar. Se preguntaba «de dónde procede la inquietante constancia o permanencia del problema», pues hay casos en los

que «no es posible liquidar totalmente la problemática que se quiere dominar, y esta reaparece por doquier con una forma nueva». Entonces el hombre de leyes «se ve continuamente perturbado por el problema y no se libera de él». ³⁵ Los éxitos nunca lo eliminan, sino que «en el mejor de los casos, se las arreglarán para empujarla aún más hacia el trasfondo». ³⁶

La palabra «aporía» designa pues aquellos problemas a los que no podemos dejar de enfrentarnos, pero que no tienen una solución definitiva, sino asintótica, de acercamiento permanente. La ciencia también trabaja así. No hay conocimiento total, sino «búsqueda sin término», como titula Karl Popper su autobiografía intelectual. La felicidad y la justicia son asimismo dos irrenunciables aporías: el objetivo de una permanente búsqueda. Martha Nussbaum explicó elocuentemente en *La fragilidad del bien* que la esencia de la tragedia griega es la constatación de que no todos los problemas humanos tienen una solución perfecta. Es también una búsqueda interminable.

Es fácil ver que la felicidad es la aporía fundamental del ser humano, y que todas sus creaciones, incluido el derecho, van dirigidas a solucionarla. La aporía es una meta inalcanzable, pero que anima permanentemente a ser alcanzada. No paraliza, sino que espolea al pensamiento y la acción. Para Viehweg, el derecho se manifiesta como «técnica al servicio de una aporía». El problema de la justicia es nada menos que la *grundaporie*, la aporía fundamental del derecho. Nos permite avanzar si somos capaces de formular problemas dirigidos a abrir un camino interminable, como quien excava un túnel cuya salida se demora.

El objetivo político de conseguir una participación justa en el poder es también una aporía. Hasta ahora lo hemos resuelto mediante la democrática «ley de las mayorías», lo que plantea el problema de proteger los derechos de las minorías. Cuando se habla del «rodillo político» se está mencionando la capacidad de las mayorías para aplastar a las mi-

norías. Una democracia ideal debería atender todas las pretensiones legítimas, pero estas pueden entrar en contradicción, lo que dificulta la solución. ¿Es posible coordinar esas contradicciones? ¿Qué ocurre cuando una democracia, como la estadounidense o la española, está dividida en dos fracciones casi idénticas y visceralmente opuestas?

Jacques Derrida consideró una aporía el intento de unificar política y ética. En muchas ocasiones la única solución es la del mal menor, que es una claudicación parcial de la ética. La justicia es también una aporía, porque la solución perfecta de todos los casos es imposible y las leyes siempre son imperfectas porque tienen que generalizar. A pesar de ello, el «exceso de la justicia sobre el derecho [...] no puede y no debe servir de excusa para ausentarse de las luchas jurídico-políticas en el interior de una institución o de un Estado».³⁷

Una aporía lacerante se manifiesta en la llamada «justicia transaccional». Naciones Unidas la ha definido como

toda la variedad de procesos y mecanismos asociados con los intentos de una sociedad por resolver los problemas derivados de un pasado de abusos a gran escala, a fin de que los responsables rindan cuentas de sus actos, servir a la justicia y lograr la reconciliación.

Lograr la reconciliación supone muchas veces obligar a las víctimas a un perdón que voluntariamente no querrían dar. Puede suponer, como ocurre en las naciones iberoamericanas que soportaron crueles dictaduras, tener que convivir con torturadores o asesinos de seres queridos.³⁸

Aun así, la heurística tiene que encargarse de «problematizar» —es decir, de elaborar en formato «problema»— no solo los conflictos, sino también las aporías.